

La Literatura en la Universidad

ENRIQUE MORENO BAEZ

Si el fin principal de la enseñanza de la literatura es que los alumnos lleguen a gozar de la belleza de las obras clásicas y se acostumbren a distinguir lo bueno de lo malo, su fin secundario es contribuir a la formación, filosófica y aun religiosa, de los alumnos mediante el análisis de las obras maestras, en las que no debemos buscar tan sólo el deleite estético, sino ideas que alimenten las almas y sentimientos que las tonifiquen. Aún podría señalársele un tercer fin al estudio de las letras patrias, que es alcanzar, mediante el contacto con los espíritus más egregios que el país ha tenido, un conocimiento de nuestra cultura mucho más profundo que el que nos da el estudio de los hechos externos; lo cual supone el robustecimiento del sentido de lo nacional y el desarrollo del patriotismo.

Nada de esto se logra si el catedrático no se consagra a la explicación, análisis y comentario de los textos clásicos, reduciendo al mínimo la exposición de la historia de cada uno de los géneros, vida de los autores y bibliografía, cosas que el alumno puede aprender con poco esfuerzo por su propia cuenta, y si además de esto no se le obliga a la lectura de aquellas obras que por su extensión sólo pueden ser analizadas en su conjunto y no en sus detalles; lectura de la obra completa y en ningún caso de un fragmento o una selección. Ello supone alterar los hábitos de lectura de los estudiantes, a los que hay que acostumbrar a leer obras muy extensas, cuyo mérito quizás no perciban más que en segunda o tercera lectura y cuya comprensión requiere un esfuerzo muy superior al que de ordinario realiza el moderno lector de novelas.

Es decir, que habremos de inculcarle al alumno la idea de que el mérito literario no de-

pende de lo entretenida que sea una obra, sino de valores que ha de esforzarse por descubrir bajo la dirección y guía del catedrático. Mi experiencia es que una vez vencida la resistencia inicial de muchos alumnos a la lectura de las obras clásicas, todos la prefieren al "empollamiento" de nombres, fechas y listas de obras, como desgraciadamente tuvieron que hacer al preparar el examen de Estado. Es indispensable que se les señale a principios de curso cuáles son las obras que a lo largo de él tienen que leer, que se organice el préstamo de libros con suficientes ejemplares de las que cada año son obligatorias y que el catedrático examine de modo que se cerciore de que efectivamente las han leído. En la Universidad donde enseñé son 45 las obras maestras que han de leer los alumnos de primero de Facultad y 90 las que leen los de cuarto, incluyendo obras tan extensas como el *Guzmán*, el *Quijote*, o el *Criticón*.

Muy conveniente es acostumbrarles al manejo de buenos textos y a huir de las ediciones hechas sin conciencia o por personas de escasa responsabilidad. Para esto es preciso que el catedrático señale a los alumnos las mejores ediciones de cada obra, haciéndoles ver las ventajas del texto crítico o del paleográfico, según el fin que en cada caso estemos persiguiendo, y la utilidad de la ortografía antigua cuando se trate de autores anteriores al XVI. Sobre este punto de la ortografía creo que el habituarles a leer a los escritores de la Edad Media con la antigua pronunciación es la mejor manera de despertar su sensibilidad. Mi experiencia me demuestra que cuando un estudiante se acostumbra a leer el *Cantar del Cid*, el *Libro de buen amor* o *El conde Lucanor* con la pronunciación medieval, el texto modernizado se le cae de las manos. Esto no es negar la utilidad de los textos medievales con ortografía moderna o en español moderno para las personas que nunca los leerían de otra manera o para estudiantes de bachillerato. Para los nuestros son inadmisibles. También tenemos que acostumbrarles a manejar ediciones antiguas o por lo menos ediciones facsimilares.

Al hablar de obras clásicas hemos de decir que entendemos por tales las obras maestras escritas en nuestra lengua en todos los siglos, sin excluir el nuestro, y que consideramos función capital del catedrático de literatura el poner al alumno en contacto con los escritores contemporáneos, ya que difícilmente podrá comprender ni gustar de la literatura de épocas pasadas el que no guste ni comprenda la que se

ENRIQUE MORENO BÁEZ nació en Sevilla en 1908, estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, perteneció a la Sección de Filología del antiguo Centro de Estudios Históricos, enseñó durante muchos años lengua y literatura españolas en las Universidades de Oxford, Cambridge y Londres, y ganó en 1939 la cátedra de esta misma disciplina en la Universidad de Oviedo, que desempeña en la actualidad. Entre otros trabajos sobre literatura española e hispanoamericana destacan sus libros "Lección y sentido del *Guzmán de Alfarache*", "Anejo XL de la R. F. E.", y "Antología de la poesía lírica española", recientemente publicado por la "Revista de Occidente".

produce a su alrededor. No hay nada tampoco que contribuya más al desarrollo del sentido crítico que verse obligado a escribir sobre obras de recientísima aparición.

Después de las obras clásicas hay que adentrar al estudiante por la selva intrincada de las biografías, estudios críticos e historias de un género o de toda la literatura. Como aquí se corre el peligro de que el alumno naufrague en un maremágnum de libros y artículos, que no puede leer por su mismo número, por estar escritos en lenguas que ignora o por no hallarse en la biblioteca, conviene que el catedrático proceda con tacto y que sólo recomiende las obras que recojan las últimas conclusiones a que haya llegado la investigación o que ofrezcan puntos de vista que valga la pena de asimilarse, ya que en la licenciatura lo esencial es que el alumno se familiarice con las obras maestras.

Muy distinta será la actitud del catedrático cuando el alumno estudie a un autor con el propósito de escribir sobre él o de tomarle como tema de tesis. Entonces sí que habrá que predicarle la necesidad de conocer todo lo que anteriormente se haya escrito, so pena de presentar como nuestro lo ajeno o de descubrir lo que ya haya sido descubierto. No confundamos, sin embargo, las necesidades de la investigación con las de la enseñanza ni exijamos del alumno más de lo que la prudencia nos aconseja.

Lo hasta ahora dicho se refiere a la parte informativa de nuestra labor; mucho más difícil y de un éxito más problemático es la formativa, ya que no es verosímil que todos los alumnos saquen el mismo provecho de sus lecturas ni que desarrollen parejamente su sentido crítico. Para lograr esto es muy conveniente, además del análisis y comentario de textos, que se haga en clase, que escriban de textos breves y metódicos ensayos críticos sobre las obras que hayan de leer, que corregirá el profesor adjunto. Breves, porque una de las cosas que el estudiante tiene que aprender es a concretar y fijar sus ideas; metódicos, porque para evitar la divagación, a que son tan propensos, conviene darles un esquema que les sirva de guía. Así por ejemplo para que escriban sobre una novela habrá que indicarles la conveniencia de empezar por el análisis del argumento, pasar al del carácter de los personajes y del ambiente en que éstos se mueven y acabar hablando del estilo. Aunque no se relacionen directamente con el desarrollo del sentido crítico, también debemos menudear las visitas a lugares de interés literario, por ser cuna de escritores ilustres o escenario de una

obra maestra, lo que contribuye a relacionar la vida con los libros y a aumentar el interés por los escritores de la región en donde se viva.

Muy diferentes son los problemas que plantean los cursos del doctorado, a cuyos alumnos hay que orientar según la vocación y las aptitudes de cada uno. Grave error sería empujar hacia la estilística al que poseyera ese olfato característico del descubridor de nuevos documentos; del mismo modo el que está bien dotado para el estudio del contenido y de la estructura de la obra de arte difícilmente llegará a dominar la técnica paleográfica que es necesaria para la publicación de textos medievales. Conviene por tanto que el catedrático estudie las aptitudes de sus alumnos y les oriente dominando las preferencias que él pueda sentir por este o el otro tipo de trabajo. Lo único que hay aquí que evitar son los daños de una prematura especialización, ya que el que cultiva una clase de crítica de ningún modo puede ignorar los métodos de que usan las otras.

En la elección de temas de tesis debemos huir de los autores que han sido con razón olvidados y cuya exhumación no interesa a nadie. Pensemos en los temas importantes que están esperando quien se lance a ellos; en los grandes escritores cuyo pensamiento no ha sido hasta ahora sistematizado o cuya prosa o verso nunca ha sido estudiado con los métodos de la estilística. Es verdad que muchos de estos temas requieren una madurez muy poco frecuente a la edad en que se hacen las tesis, pero en un plano más modesto todavía son muchas las comedias de Lope, de Tirso de Molina o de Calderón que están necesitadas de edición y estudio, que siempre será más interesante que el de un comediógrafo de cuarto orden. También conviene tener en cuenta, al elegir un tema de tesis, sus dimensiones y dificultades. Todos hemos visto a gentes que se lanzan a investigar sobre un tema tan vasto que, en el supuesto de que sean capaces de explorarlo en todas direcciones, tardarán muchos años en llegar a conclusiones provisionales. Por eso el catedrático, con mayor experiencia, debe orientar a los licenciados hacia temas que se dominen sin dificultad y cuya bibliografía se encuentre en España, so pena de que las tesis queden incompletas o no se puedan publicar nunca.

Digamos para terminar que el coronamiento de esta labor es la formación de un grupo de ayudantes con los mismos métodos del catedrático, a los que éste asocie a las tareas docentes y prepare para la cátedra.